

“et in meditatione mea exardescit ignis”
Y en mi meditación se enciende el Fuego



URE IGNE SANCTI SPIRITUS²
(Meditación de jubilar adviento)

Ignacio Canisfidei

¡Ven, oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos: fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo: inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después..., mañana. Nunc coepi! ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte.

¡Oh, Espíritu de verdad y de sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras³...

La verdad es Señor nos juega, a veces, malas pasadas. Ya todos conocéis mi cariño y cercanía por el Opus Dei, y en cierta medida esa simpatía o afinidad se hubiera consumado casi con toda seguridad en la integración en la Prelatura bajo la condición de numerario o supernumerario. Todos aquellos que me conocen hubieran apostado por ello su patrimonio presente y futuro, pero aun estimando en mucho a la Prelatura, siendo consciente de la notoria afinidad, de la utilidad de la misma para mi vida y el “reconocimiento o significación” que me reportaría, ello no es así, no es mi vocación.

La gente suele extrañarse que me defina como pentecostal católico o carismático, no doy el perfil, pero la verdad, he de reconocer que debo dar muchas gracias a Dios por lo que soy, por la pobreza, la indigencia, la insignificancia de mi “espiritualidad”, pues la misma solo tiene razón de ser en la búsqueda de la Verdad que tanto me apasiona. Ya sabéis, solo Cristo o nada, el resto es secundario y tiene valor en tanto en cuanto a Él me lleve.

¹ (A la comunidad de Madres Dominicanas –contemplativas- de S. Blas, por todo gracias, 800 años y más...)

² ¡quemar con el fuego del Espíritu Santo!

³ Oración compuesta por San José María Escriba de Balaguer en abril de 1934

"et in meditatione mea exardescit ignis"
Y en mi meditación se enciende el Fuego

He de bendecir sin parar el momento de mi bautismo en el Espíritu, me abrió las puertas a una plenitud insondable, me guió a la Verdad que con tanto desnudo busco, me llevó al centro de la gratuidad donde muchas veces tengo que oír de boca de algunos: "Don't be afraid; just believe", "No temas; cree".

Hace poco fui al canto de vísperas en un monasterio de dominicas contemplativas, cansado, abrumado y aturdido por mis problemas, por mi trabajo, tome asiento, hartado de mi pobreza de vivir este momento de mi vida, con paz pero en precario, con gozo pero con mis demonios agitándose, con alegría pero en una sequedad de oración, con mansedumbre pero dentro una fragilidad extraordinaria que me hace estar en "renuncio" o "pecado" de una manera frustrante.

Absorto en estos pensamientos, de pronto, el claro silencio se rompe, y como un clarín en el coso anunciando la suerte de varas, una jovial monja entona en solitario el vespertino himno, retumbando en la Iglesia vacía: "¿Dónde esta muerte tu victoria? Y el resto de monjas en recia estampida braman "¿Dónde esta muerte tu aguijón? Todo es destello de Su Gloria, clara luz, Resurrección..."

En ese contorno el Señor puso en mi corazón un texto, que en estas celebraciones de 800 años, tiene un doble sentido; veamos, del libro primero de Samuel capítulo 16, versos 14 al 23:

"El espíritu del Señor se había retirado de Saúl, y lo atormentaba un mal espíritu, enviado por el Señor. Sus servidores le dijeron: "Un mal espíritu de Dios no deja de atormentarte. Basta que nuestro señor lo diga, y los servidores que te asisten buscarán un hombre que sepa tocar la cítara. Así, cuando te asalte el mal espíritu de Dios, él tocará la cítara, y tú te sentirás aliviado".

Saúl respondió a sus servidores: "Sí, búsqüenme un hombre que toque bien y tráiganlo". Entonces intervino uno de sus servidores, diciendo: "Justamente he visto a un hijo de Jesé, el de Belén, que sabe tocar. Además, es valiente y hábil guerrero; habla muy bien, tiene buena presencia y el Señor está con él".

Entonces Saúl envió unos mensajeros a Jesé para decirle: "Envíame a tu hijo David, que está con el rebaño". Jesé tomó un asno, pan, un odre de vino y un cabrito, y se los envió a Saúl con su hijo David.

David se presentó a Saúl y se puso a su servicio. Saúl le tomó un gran afecto y lo hizo su escudero. Luego mandó decir a Jesé: "Que David se quede a mi servicio porque me ha caído bien".

Y cuando un espíritu de Dios asaltaba a Saúl, David tomaba la cítara y tocaba. Saúl se calmaba y se sentía aliviado, y el mal espíritu se retiraba de él.

Muchas veces nos hemos, me he preguntado ¿Qué es orar? ¿Cómo orar? ¿Para qué orar?, otras tantas nos han respondido con misterio, porosidades o cantos de sirena: "es una cuestión de amor personal" "primero rezar y luego orar" y se nos ha empujado primero a los rezos, a los ritos haciendo bueno el aforismo del Ramón de la Serna,

"hay beatas que rezan como conejos comen hierba" y luego al castrante silencio como escuela de oración.

Es curioso como en la historia de la Iglesia, junto al silencio personal, justo, necesario y benéfico para oír la voz del Padre, el mismo nunca se ha puesto como paradigma de oración, siempre se ha dado prioridad a la oración común, y esta, de alabanza o laudatoria.

Antes a los ilustrados, a los monjes, a los religiosos o clérigos se les insistía en el oficio divino, en la liturgia de las horas; a las capas no ilustradas se les suministro una batería de instrumentos para meditar los misterios de la vida de Cristo, así la piedad popular se articula con el rosario, vía crucis, procesiones, devocionales... y en la actualidad, con la extensión de la instrucción pública, es curioso ver como en la Iglesia se busca la oración común, y en los laicos se extiende la celebración de la liturgia de las Horas, sin olvidar, pero trascendiendo, la vieja piedad popular.

Un fruto de la renovación conciliar, es la renovación carismática (en sentido estricto lo que se conoce como movimientos eclesiales), donde también se inserta la Renovación en el Espíritu o los otrora llamados pentecostales católicos, que es una gracia transversal a la Iglesias y los hermanos separados, y que no puede equipararse nunca a los movimientos eclesiales.

En todos estos movimientos se busca la oración común ¿por qué? Porque en todos ellos lo esencial es la vivencia de fe, y en ella, tiene especial trascendencia el compartir la misma como edificación desde las circunstancias de cada uno, si antes la perfección se realizaba por analogía o incluso por identificación con los religiosos o clérigos, ahora se trata de buscar un traje propio, una senda exclusiva sin vivir de existencias ajenas difícilmente acomodables a una vida en el mundo.

Entre nosotros, en la Renovación en el Espíritu, la oración común tiene una trascendencia especial, no solo como ocurrió en el monasterio que el canto de las monjas apaciguó mi ser, silenció los problemas y me transportó ante el Trono de Dios y del Cordero, sino que va más allá.

La trascendencia esta en la alabanza y adoración aclamativa que vertemos. La alabanza es un don, un carisma que de ordinario es un patrón de vida espiritual en un grupo, donde hay alabanza, hay plenitud de vida, hay unción, hay encuentro con Cristo, hay restauración, hay vivificación, hay cristificación, hay gratuidad; donde

fenece la alabanza, comienza el rito, hay queja, hay petición, hay esclerosis, hay dominio del pecado, hay mediocridad, hay legalismo.

En nuestra vida estamos tan aturdidos que necesitamos que como a Pedro nos digan: “es el Señor⁴”; en nuestra vida constreñida por responsabilidades, competitividades, pasados, errores, pecados, meteduras de pata, traumas, enfermedades, depresiones, angustias, neurosis... se nos aturde de tal forma el alma, se amarga tanto nuestro espíritu, que nace el miedo paralizante, el escrúpulo irredento.

Quieres ser santo, quieres vivir en gratuidad, pero no puedes. Tienes tormentos, remordimientos, te agrias en la Presencia de Dios... y huyes, corres lejos sin tregua ni cuartel, y cuanto mas lejos corres, más maldito de Yahvé te sientes. Ese mal “espíritu” te aleja de la presencia de Jesús, y te muestra una “desnudez” falsa⁵.

Frente a lo anterior la asamblea carismática tiene un carácter profético, apocalíptico si queremos, la asamblea (Al igual que la Iglesia, nadie piense que es una “peculiaridad” exclusiva y excluyente de la Renovación) solo tiene un fin proclamar el Señorío de Cristo, y ello solo en la alabanza y en la adoración aclamativa.

Es el momento en que como cuerpo de Cristo nos decimos: “es el Señor” y a nuestra vida, a nuestros agriantes profesionales, y a nuestras amarguras: “la Salvación, el poder y la gloria son de nuestro Dios...”

Saúl imputaba al Señor el mal espíritu que le atormentaba, ya sabemos que en el A.T, por la parcialidad en la Revelación, el mal era reputado como pago del pecado, de la desobediencia a Dios, un castigo.

Y la Palabra nos dice como el ungido de Dios, David, al tocar la citara hacia desvanecer, temporalmente, el espíritu maligno.

Esto nos enseña una realidad profunda, y es a no acudir a la botica de la abuela, a parches “Sor Virginia”, pues buscamos remedos, apaños que nos quiten el dolor de vivir, creemos que estar con gente santa nos hace santos, que acudir a besar los pies de una talla o poseer una

⁴ Jn 21, 7

⁵ Gn 3,10-11

reliquia son salvan, que nos protegen cuan amuleto, pero no es así; creemos que cumpliendo la ley se nos salva, cuando en realidad buscamos un seguro de caución: no estar enfermos, no arruinarnos, tener sanidad emocional o vida eterna... ¡qué calvinismo! ¡Qué criptopelagianismo!

Y en ese trance no acudimos a Jesús, le tememos, nos creemos más pecadores que S. Agustín y rehusamos la gracia: “no soy digno” decimos; y en ese momento comenzamos a construir tal indignidad, que acabamos rehusando la gracia por amargor.

Para enervar ese mal, la Iglesia en general, y la Asamblea carismática en particular, proclama a tiempo y a destiempo, a “Jesús eterno amigo” como reza el conocido himno protestante, grita ¿Dónde esta muerte tu victoria?, exalta hasta romper los techos pues “la Salvación y el poder es de nuestro Dios”, que Jesús esta tocando eternamente la citara “para” y “por” nosotros: la bendita cruz glorificada.

Jesús no nos alivia temporalmente como David, Jesús salva de una vez y de forma íntegra hoy tu vida y circunstancia; y eso es objeto de unguida y profética proclamación en la Iglesia.

Fijaos detenidamente, en las II Vísperas del domingo en la liturgia de las Horas, la Palabra proclamada es rotunda, el Salmo 109 proclama a Jesús como Mesías, Rey y Sacerdote, recordando que Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies (1 Co 15, 25); el Salmo 113 nos canta los prodigios de la liberación de Egipto⁶ que en todo momento se establece como del Señor: “no a nosotros, no a nosotros sino a tu nombre da la gloria...” recordando que su Señorío solo es operante, solo Él salva⁷. En la semana III el Salmo 110 incide en lo anterior: “grandes son las obras del Señor⁸”, en la semana IV el Salmo 111 se detiene en los frutos del sometimiento de la vida al Señorío de Cristo: es la felicidad del justo, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz⁹.

Y por ultimo, todos los domingos se concluye con el cántico tomado de la Revelación 19, 1-7, son las bodas místicas, la unión de nuestra alma con el Padre Celestial en Jesús por la fuerza del Espíritu. ¿No es hermoso que la proclamación oficial de la Iglesia (lex orandi, lex

⁶ “Reconoced que también vosotros los que renunciasteis al mundo habéis salido de Egipto” S. Agustín

⁷ “Abandonando a los ídolos, os volvisteis a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero” (1 Ts 1, 9)

⁸ “Grandes y maravillosas son tus obras Señor, Dios omnipotente” (Rev 15, 3)

⁹ Ef. 5,8-9

credendi) proclame que todo esta derrotado en Cristo, que en Él no podemos temer, que en Él el pecado, la muerte, la enfermedad... no tiene poder? ¿No es hermoso que eso se cante sin descanso desde la eternidad, desde los albores de la historia, desde nuestra historia personal, desde la Iglesia de ayer, de hoy de mañana, desde cada monasterio o convento, desde cada grupo de Renovación...?

Las dominicas, con su canto, me revelaron esta verdad profunda, pero también que la misma solo se da dentro de la necesidad.

Necesito la pobreza, el precario, ese estar en el aire, en sequedad orante, no tener ni siquiera propiedad de mi vida, de mi pasado, de mi futuro, de mis potencialidades, necesito el amargor, la inseguridad, pero tanto o más que lo anterior, necesito estar ante el Cordero, ante la citara que por toda la eternidad se toca para mí y saborear la salvación.

Es imprescindible, dentro de esa pobreza (que no es otra cosa que mi vida tal cual es), que la Iglesia, que la asamblea de forma profética proclame a Jesús Señor, y señale cuál es la Verdad: Soy amado del Señor dentro de los límites de mi vida encarnada, y en ella a triunfado Él, a pesar de mis pecados, de mis problemas, el ha vencido por mí.

Cuando en la batalla las flechas del enemigo oculten al Sol, necesitamos oír “luchamos a la Sombra”, al amparo de una Cruz¹⁰. El Salmo 116, 10 a 19 dice:

“Tenía confianza, incluso cuando dije:”¡Qué grande es mi desgracia!”.
Yo, que en mi turbación llegué a decir:”¡Los hombres son todos mentirosos!”.
¿Con qué pagaré al Señor todo el bien que me hizo?
Alzaré la copa de la salvación e invocaré el nombre del Señor.
Cumpliré mis votos al Señor, en presencia de todo su pueblo.
¡Qué penosa es para el Señor la muerte de sus amigos!
Yo, Señor, soy tu servidor, tu servidor, lo mismo que mi madre: por eso rompiste mis cadenas.
Te ofreceré un sacrificio de alabanza, e invocaré el nombre del Señor.
Cumpliré mis votos al Señor, en presencia de todo su pueblo, en los atrios de la Casa del Señor, en medio de ti,
Jerusalén. ¡Aleluya!”

Siempre en la liturgia de las horas me ha impresionado este Salmo, en particular el verso que dice ¡qué penosa es para el Señor la muerte de sus amigos! En otras traducciones “¡Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles!”. Y en esta cultura de muerte, que nos asfixia, la Esposa ha de gritar en exclusiva: “¡Ven, corre, al trono de

¹⁰ Una breve explicación, en la batalla de las Termopilas, 300 espartanos, y otros griegos, guiados por el Rey Leónidas resistieron hasta la muerte al Rey persa Xerxes, batalla oblativa cuyo único fin era facilitar la defensa de Atenas y el resto de las ciudades, retrasando la invasión persa. Cuentan las fuentes que tras las primeras escaramuzas, siendo derrotado en su orgullo Xerxes, este ofreció una paz honorable advirtiendo a Leónidas que de no aceptarse se enfrentaría a una “lluvia de flechas capaz de ocultar el Sol”. A los cual respondió, según la historiografía griega, “mi ejército entonces luchara a la sombra”.

“et in meditatione mea exardescit ignis”
Y en mi meditación se enciende el Fuego

misericordia!, Cristo te llama, su gracia te cubría, Su sangre hoy fluye y te proveerá”

Ese es el fin de la alabanza aclamativa de nuestras asambleas: el señalar el Señorío de Cristo sobre cualquier circunstancia, no para alienarnos sino para que desde la encarnación de la gracia transformemos nuestra vida, actuar en nuestra realidad removiendo las estructuras de pecado con la conciencia, por revelación, de que Cristo ha triunfado sobre nuestras amarguras, faltas y pecados: “he aquí, amargura grande me sobrevino en paz, más a Ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción, porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados. Porque ni el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperara tu verdad. El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy.”¹¹”

Recordar debemos que “donde hay perdón no cabe ofrenda alguna” y seamos conscientes que somos mediación de la misericordia de Dios enervando las amarguras de nuestra vida, que somos el cauce de la ternura de Dios y comprendamos aquello de: “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, padre de misericordia y Dios de todo consuelo; él nos consuela en todas nuestras luchas, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios”¹²”

Por ello, por todo no desistamos de la alabanza, de la aclamación comunitaria, rompamos los techos, sigamos la estela de la Iglesia, otros, como las MM dominicas, nos preceden y acompañan en la labor de gritar al Señor misericordia por el mundo, y a los hombres vocear que solo en Jesús hay vida, y tus rollos derrotados ya no te pueden. Y así 800 años y mas... ¡¡¡gracias!!!



¹¹ Is 38, 17-19a

¹² 2 Co 1, 3-4